

## DE LA LOGICA Y LA LINGUISTICA AL DISCURSO

Raúl Quesada  
*Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.*

Nuestro discurrir aquí sobre el discurso tiene un doble origen\*: por un lado está la iniciativa del Profesor Noé Jitrik y esto, como veremos, no es sólo una observación "en passant" sino que tiene que ver con la esencia misma del concepto que nos ocupa. Por otro lado, tiene que ver con la reflexión que en mi opinión es la más característica de nuestra época: la reflexión sobre el lenguaje, sobre el medio mismo con el que nos comunicamos.

Hace aproximadamente un año, la Unidad Académica de los Ciclos Profesional y de Posgrado del CCH nos convocó a varios de los que estamos aquí presentes para hablar sobre el discurso y otros temas que de una u otra manera se encontraban relacionados con él. El resultado más positivo, me parece, fue el hacer explícitas la riqueza, ramificaciones e importancia del tema; pasamos de la ortografía a la poética, de la enseñanza de las matemáticas a la mecanización del diagnóstico médico. Hubo, sin embargo, una dificultad recurrente que impidió a los participantes llegar a un mínimo acuerdo: la noción misma de discurso.

Las notas que siguen obviamente no pretenden, de ningún modo, solucionar esta dificultad, pero como tampoco me parece que podamos evadir la cuestión, quisiera al menos hacer referencia a algunos de los antecedentes que han convertido al discurso en un tema tan central. Tal vez debería ahorrarme el decir que mi única excu-

---

\* Simposio sobre teoría y análisis del discurso en la reflexión contemporánea, U.N.A.M., enero de 1983.

sa por algunos de los lugares comunes que escucharán es el que a veces no lo son tanto, ni los compartimos realmente: intercambiamos textos e información pero carecemos de un discurso más o menos común.

Yo diría que las dos fuentes en las que nace y se alimenta nuestra reflexión contemporánea sobre el lenguaje son Gottlob Frege y Ferdinand de Saussure; el primero, matemático de profesión y filósofo por vocación y espíritu de su obra; el segundo, lingüista precoz y pensador que conocemos sólo a través de las notas de sus alumnos; ambos han ejercido una extraordinaria influencia en el mundo en que vivimos. A partir de la obra de estos dos maestros se han conformado los problemas que constituyen nuestra reflexión sobre el lenguaje y, en gran medida también, las soluciones con las que nos enfrentamos. Desgraciadamente, y a pesar de esta afinidad, no sólo ellos se desconocieron mutuamente sino que las generaciones de lectores que les sucedieron se han encargado de desarrollar sus ideas por caminos que ahora nos parecen irreconciliables. La filosofía analítica, cuya base más firme sigue siendo la obra de Frege, ignora casi sistemáticamente los desarrollos estructuralistas y post-estructuralistas que han emanado de la obra o, tal vez mejor dicho, del espíritu de la obra de Saussure. Paralelamente, el estructuralismo, ayudado por el marxismo, ha querido ver a la filosofía analítica sólo en aquellos atuendos logicistas que conjuran una forma de positivismo. El canal de la Mancha, no obstante los actuales medios de comunicación, se ha ampliado extraordinariamente.

Qué tan adecuada sea esa situación escindida en la investigación para progresar en nuestro conocimiento del lenguaje es una cuestión muy amplia y difícil, pero tal vez podríamos empezar a entenderla señalando algunos momentos del camino que nos han llevado de Frege y de Saussure, de la reflexión acerca de la naturaleza del número y los fundamentos de la matemática y la reflexión sobre la naturaleza de la lingüística, a la esencia del lenguaje y las teorías acerca del discurso.

Se ha dicho que la obra de Frege representa el esfuerzo individual más extraordinario para llevar a cabo una tarea monumental: la fundamentación de las matemáticas. Sin duda, parte de la grandeza de Frege está en la claridad con que vio las dificultades que tendría que enfrentar y la dedicación —nunca recompensada ni entendida— con la que fue sistemáticamente solucionando tales difi-

cultades. Como todos sabemos, la matemática no es una disciplina reciente ni está atada, como otras disciplinas, al desarrollo de otros conocimientos; ha avanzado y avanza extraordinariamente por sí sola; de hecho, durante el siglo XIX este extraordinario avance se había constituido en una fuente de preocupación. Las matemáticas, como disciplina y como fuente de conocimiento, estaban perfectamente establecidas, pero ¿cuáles eran sus fundamentos?, ¿qué garantía se tenía de la solidez de este maravilloso edificio?, ¿se sabía acaso lo que era un número?, ¿alguien había visto alguno o era capaz de caracterizarlo?, ¿se podía definir adecuadamente una función? Estas preguntas empezaron a ser más explícitas en la mente de algunos matemáticos del siglo XIX. Su significación, sin embargo, no era demasiado clara ya que no parecían tener relación con ninguna rama específica de las matemáticas; por otra parte, responderlas no parecía impedir el desarrollo de alguna de sus ramas; en otras palabras, no eran o, si se quiere, no se presentaban como preguntas matemáticas: eran cuestiones conceptuales sobre la matemática, lo que ahora llamaríamos cuestiones filosóficas. Desgraciadamente, los filósofos que se habían ocupado de las matemáticas no siempre las conocían muy bien, como sarcásticamente señalaba Cantor con respecto a Kant. ¿Estaban los matemáticos, por otro lado, preparados o familiarizados con este tipo de preguntas? Tampoco. La prueba es que ni se habían interesado en esas preguntas ni se interesaron en las soluciones que se empezaban a ofrecer. Esto no quiere decir que no hayan existido antes mentes filosófico-matemáticas —baste mencionar a Leibniz—, sino que nunca habían sido tan claramente explicitadas las verdaderas relaciones entre estas dos disciplinas; parece que ambas son demasiado posesivas, casi siempre han querido prevalecer la una sobre la otra y sus relaciones, hasta la actualidad, han engendrado frecuentemente muchos malos entendidos. Veamos entonces cómo Frege sentó los lineamientos que orientan las investigaciones contemporáneas.

Como ya dijimos, las preguntas acerca de los fundamentos de las matemáticas habían empezado a aparecer en las mentes de algunos matemáticos del siglo XIX y, en términos generales, se podría decir que el tipo de solución que se empezaba a vislumbrar tenía las siguientes características: en primer lugar, se pensaba que la única disciplina que tenía solidez epistemológica para soportar el edificio

de las matemáticas era la lógica; en segundo lugar, se pensaba que la estrategia a seguir debía ser semejante a la que había llevado a cabo Euclides en sus *Elementa*: establecer las verdades básicas —o axiomas— de una disciplina y, después, mostrar que el resto de las verdades que la constituyen son derivables de las primeras; en tercer lugar, se pensaba que bastaría axiomatizar la parte más básica de las matemáticas, la aritmética, para mostrar que, al menos en principio, el resto de las matemáticas podría ser deducible de los axiomas de la aritmética. Eso es lo que en términos generales se conoce como el programa logicista.

Frege, podríamos decir, asumió este programa pero se dio cuenta de que la empresa tenía varias etapas. En primer lugar, estaba el problema de la lógica. La lógica era una disciplina que había sido inventada por Aristóteles pero que escasamente había sobrepasado el estado en el que la había dejado su fundador. ¿Por qué? En mi opinión, porque se había identificado a la lógica con el silogismo o la silogística. Una pequeña digresión tal vez nos permitía ver más claramente la razón por la cual la lógica permaneció estancada tanto tiempo y, sin embargo, ahora su progreso es comparable al de otra empresa, esta vez contemporánea, en nacimiento: la aviación. El punto de partida de Aristóteles fue la existencia de buenos y malos argumentos; de argumentos válidos y argumentos inválidos. Cuando un argumento es válido, si las premisas son verdaderas la conclusión debe serlo también o, dicho de otra forma, si un argumento es válido no puede tener premisas verdaderas y conclusión falsa. De aquí que la lógica, en tiempos de Aristóteles y en los nuestros, sea la disciplina que se ocupa de justificar la validez de los argumentos. Sin embargo, Aristóteles no sólo fue quien constituyó el objeto de esa ciencia sino que, al establecer que lo que hace que un argumento sea válido es la forma, estableció el modelo de investigación que aún prevalece en nuestros días: considerar a la lógica como una disciplina formal. El problema se originó porque esta posición fue sustentada y, podríamos decir, ejemplificada con el silogismo, esto es, con un tipo especial de argumento que sólo consta de dos premisas y una conclusión, las cuales deben tener una forma específica: la de proposiciones categóricas (o sea, tienen que ser proposiciones del tipo “todo S es P”, “ningún S es P”, “algún S es P”, “algún S no es P”); el silogismo, además, sólo admite tres términos. De ahí la silogística: dado un argumento con esas

características —o sea, un silogismo—, nosotros podemos determinar, basándonos en su forma e independientemente de su contenido, si ese argumento es válido o no. Sin embargo, la gente pareció olvidar que existen muchas otras clases de argumentos que no se constriñen a la forma silogística, así como ahora algunos filósofos parecen olvidar que hay muchos argumentos cuya validez está lejos de ser justificada por la aplicación del cálculo de predicados. O sea, no se trató de justificar, siguiendo la idea de Aristóteles de que la validez depende de la forma, otro tipo de argumentos que no fueran silogismos. La crisis de esta concepción de la lógica, que la identificaba con el silogismo, tardó demasiado en llegar; sólo llegó a ser parcialmente clara para aquellos hombres del Renacimiento que querían dar cuenta de los descubrimientos científicos que los rodeaban; para ellos algo era patente: la lógica nada había tenido que ver con esos logros, no servía para descubrir. Las críticas se multiplicaron, Bacon las inicia proponiendo el abandono del método deductivo en general y la generalización del método inductivo, y Kant le da la puntilla; la lógica de Aristóteles es prácticamente perfecta, no se le puede agregar nada, sólo tiene un pequeño defecto: es estéril. La lógica es así olvidada. La notable excepción de Leibniz se inscribe en una tradición que aun ahora nos parece utópica y que ya se encontraba en Raymundo Lullio: la de crear un lenguaje propio para la argumentación, un lenguaje gracias al cual, según Leibniz, prácticamente no tendríamos que pensar sino sólo calcular.

De esta manera, tal vez se puede advertir mejor lo que implicaba acudir a la lógica como posible fundamento de las matemáticas: se necesitaba no sólo distinguirla de la silogística sino crear el aparato lógico adecuado para el razonamiento matemático, un razonamiento que no se podía ceñir la camisa de fuerza estructural que encarna un silogismo. Si bien se puede mencionar a varios pensadores en relación con esta empresa, fue Frege quien, para nosotros, prácticamente y con mayor rigor, creó este aparato lógico.

Este aparato —la lógica de primer orden— es lo que constituye actualmente la base de la llamada lógica matemática (matemática porque utiliza las nociones matemáticas de variable y de función, aunque sigue siendo en esencia aristotélica, ya que la validez sigue dependiendo de la forma). Sin embargo, el libro que recoge este primer paso del programa logicista lleva el título de *Conceptogra-*

fía, o sea un lenguaje o escritura para conceptos, una empresa que coincide en intención más con el lenguaje ideal de Leibniz —que a su vez se relaciona con los afanes utópicos de Raymundo Lullio— que con el espíritu aristotélico.

Una vez establecido el instrumental formal necesario para el proyecto logicista se requería otro paso esencial: la reflexión sobre el material mismo con el que trabajan los matemáticos, los números. Las reflexiones de Frege, recogidas en sus *Grundlagen der Arithmetik*<sup>1</sup>, constituyeron no sólo su obra maestra, sino la base misma de la filosofía analítica, y en gran medida siguen siendo su sostén. En este libro, que apenas contiene alguna fórmula matemática y que lleva el subtítulo de “Una investigación lógico-matemática acerca del concepto del número”, se puede ver con la mayor claridad el camino que lleva de las reflexiones acerca de los fundamentos de la matemática a la consideración de algunos de los problemas centrales de lo que podríamos llamar nuestra conceptualización de la realidad. Consideremos algunos ejemplos; en primer lugar, Frege tiene que dar cuenta de algunas de las explicaciones que se daban del número, lo que lo lleva a hacer una crítica devastadora del psicologismo, esto es, de la tesis general que afirma que podemos explicar el funcionamiento de un concepto refiriéndolo al proceso mental que llevamos a cabo cuando pensamos en él. No es que Frege rechace la existencia de procesos mentales sino que los cree independientes de los conceptos mismos; si no lo fueran, no podríamos dar cuenta de la objetividad de las matemáticas ni tal vez del lenguaje y del pensamiento en general. Por otro lado, argüirá Frege, tampoco podemos derivar la objetividad de las matemáticas a partir de las cosas, ya que el número —como la existencia— no es una propiedad de las cosas. Esta situación conlleva así la revisión de nuestra noción de objetividad y la explicación de la relación que guardan los conceptos con los números; a todo concepto, dirá Frege —en el célebre párrafo 46—, le corresponde un número. Pero, ¿qué es un número?, ¿cómo definirlo? Para Frege los números son objetos, y lo son no porque existan espacio-tem-

poralmente en algún lugar remoto, sino porque pueden ser considerados objetivamente y porque pueden ser nombrados; son el correlato o referente de expresiones referenciales unívocas, lo que Frege llama nombres propios. Con esta última idea, Frege pone de cabeza la tradición occidental de la preeminencia de la ontología sobre la semántica; lo que tenemos que determinar es la clase de los nombres propios, pues los objetos son aquello a lo que se refieren los nombres. Claro está que un nombre deberá estar acompañado de un criterio de identidad, ya que como ha dicho Quine, siguiendo esta idea de Frege, “no entity without identity”, sin identidad no hay entidad.

Hablar de todos estos problemas nos llevaría bastante tiempo, y mi intención es únicamente hacer notar cómo hemos pasado de los fundamentos de la aritmética y del concepto del número a los conceptos y objetos en general, a hablar de objetividad, identidad, definiciones, nombres y de las relaciones que privan entre el lenguaje y la realidad.

En el tercer estadio del programa logicista de Frege, representado por las *Grundgesetze der Arithmetik*<sup>2</sup>, se lleva finalmente a cabo la tarea de reducir la aritmética a la lógica, aunque, como sabemos, la famosa paradoja de Russell vino a poner en crisis no sólo esa reducción, sino la actividad filosófica matemática de Frege; de este modo, el primer hombre que entendía cabalmente su obra le señalaba una dificultad al parecer insuperable en la base misma de esa obra<sup>3</sup>.

Sin embargo, para lo que aquí nos interesa, no son las dificultades o éxitos del programa logicista lo que tenemos que examinar, sino los problemas que lo suscitaron y, sobre todo, la manera en que este programa los planteó. Hemos visto ya que la lógica moderna surgió de la necesidad de construir un aparato formal adecuado para fundamentar las matemáticas, y que la discusión acerca de la noción de número replanteó problemas clásicos de la filoso-

1 Gottlob FREGE, *Grundlagen der Arithmetik* (Breslau, 1884). *Conceptografía. Los fundamentos de la aritmética. Otros estudios filosóficos*, trad. de Hugo Padilla, México, UNAM, 1972.

2 Gottlob FREGE, *Grundgesetze der Arithmetik*, (Jena 1893). *The Basic Laws of Arithmetic*, ed. and trans. by M. Furth, Berkeley and Los Angeles, 1964.

3 Véase Gottlob FREGE, *Philosophical and Mathematical Correspondence*, Chicago, The University of Chicago Press, 1980.

fía occidental; la frescura y claridad con que surgen estos problemas en la obra de Frege y el papel que desempeña la lógica, tanto en su planteamiento como en su solución, sentaron en gran medida los lineamientos del desarrollo de la reflexión que sobre el lenguaje y la realidad iba a llevar a cabo la filosofía analítica. Esos lineamientos siguen siendo vigentes y espero que nos ayuden a entender mejor los alcances del discurso, aunque antes tendremos que detenernos un poco en quien constituye, en gran medida, el origen de esa preocupación: Ferdinand de Saussure.

Tal vez podríamos decir que así como Frege hizo posible la lógica contemporánea y moldeó nuestra forma de aproximación a ciertos problemas, de Saussure, al tratar de fundamentar la lingüística, hizo posible la semiótica a través de su reflexión sobre el lenguaje y moldeó también la forma de considerar problemas que, podría parecer, rebasan con mucho el ámbito de la lingüística.

De Saussure era un lingüista precoz: a los 20 años ya había escrito un estudio sobre las vocales en el indoeuropeo que se sigue considerando como una de las obras maestras en este género de investigaciones.

Sin embargo, a partir más o menos de 1894, a los 37 años, de Saussure empieza a poner en tela de juicio los fundamentos de la actividad misma a la que había dedicado su vida. En una de sus cartas dice: "Pronto aparecerá el principio de mi artículo sobre la entonación. El segundo artículo concluirá lo que quiero decir sobre la entonación (...) Pero me fastidia todo eso, y la dificultad que existe en general para escribir sólo diez líneas con sentido común en materia de hechos de lenguaje. Preocupado, sobre todo, desde hace mucho tiempo, por la clasificación lógica de estos hechos, por la clasificación de los puntos de vista bajo los cuales los tratamos, comprendo cada vez mejor la inmensidad del trabajo que sería necesario para demostrar al lingüista lo que él hace, reduciendo cada operación a su categoría prevista, y, al mismo tiempo, la considerable variedad (vanidad) de todo lo que, en definitiva, se puede hacer en lingüística"<sup>4</sup>.

Es tan consciente de esta dificultad que deja de escribir, ya que se da cuenta de que carece de un marco de referencia teórico adecuado donde inscribir sus investigaciones; se lamenta de que "En última instancia, el aspecto pintoresco de una lengua, aquello que la hace diferente de todas las demás como perteneciente a un pueblo determinado, con orígenes determinados, es decir, su aspecto casi etnográfico, es lo único que conserva para mí cierto interés; y, precisamente, ya no tengo el placer de poder entregarme a este estudio sin segunda intención y gozar del hecho particular dentro de un medio particular"<sup>5</sup>.

El problema, nos dice, radica en "la ineptitud de la terminología corriente, la necesidad de reformularla y demostrar, por lo tanto, qué clase de objeto es la lengua en general". La tarea, sin embargo, no lo enardece y se lamenta de que "El resultado será, a pesar mío, un libro donde, sin entusiasmo, explicaré por qué no existe un solo término usado en lingüística al cual yo conceda algún sentido. Y sólo después de eso, lo confieso, podré reemprender mi trabajo en el punto en el que lo había dejado"<sup>6</sup>.

De esta manera, los lingüistas del siglo XIX se encontraban en una situación semejante a la de los matemáticos: los primeros haciendo lingüística sin saber qué era la lengua, los segundos haciendo matemáticas sin saber qué era un número. La diferencia, sin embargo, es más importante que la semejanza ya que la preocupación acerca de la noción de número parece ser claramente filosófica, en el sentido ya señalado, es decir que podemos continuar haciendo matemáticas sin preocuparnos por ello, mientras que para de Saussure el sentido mismo de nuestras investigaciones está en juego cuando nos preguntamos por la noción de lengua en general. De la respuesta que demos a esta pregunta dependerá que podamos clasificar los hechos del lenguaje de una manera lógica y no sólo histórica, que podamos considerar un hecho lingüístico dentro de un panorama teórico general y no sólo dentro de un medio particular donde podrá haber un criterio de desarrollo histórico pero no se podrá hablar de prioridad lógica. Por otro lado, la im-

4 Véase Georges MOUNIN, *Saussure. Presentación y Textos*, Barcelona, Anagrama, 1971, p. 15. (El subrayado es mío R.Q).

5 MOUNIN, *op. cit.*, p. 15-16.

6 MOUNIN, *op. cit.*, p. 16.

portancia de esta diferencia entre los problemas de la lingüística y los de la matemática se acrecienta cuando vemos que puede ser el punto de partida de una distinción de las ciencias naturales y las llamadas ciencias sociales humanas; dentro de las primeras, no parece haber una relación esencial entre su desarrollo y la reflexión acerca de sus fundamentos, mientras que para las últimas, su desarrollo y logros han ido de la mano con las consideraciones y puntos de vista acerca de su naturaleza. De esta manera, si bien es cierto que dentro de las matemáticas, la física o la biología existen desacuerdos teóricos que finalmente tienen su base en la concepción que de ellas tengamos, también es cierto que las matemáticas, la física y la biología se siguen desarrollando independientemente de esas consideraciones teóricas. En cambio los progresos en psicología, para poner un ejemplo, son juzgados estrictamente dentro del marco de referencia de la concepción que se tenga de esta disciplina o investigación, ya que llamarla ciencia puede indicar una toma de posición. Los psicólogos se tildan entre sí de amaestradores de ratas o de lectores de bolas de cristal, según sea su orientación teórica, mientras que los científicos sonríen condescendentemente, si son tolerantes, o los declaran charlatanes si no lo son.

Los lineamientos sobre los cuales cree de Saussure que debe construirse la respuesta al problema que lo distraía del goce de las investigaciones históricas son indudablemente más conocidos que las ideas de Frege; sin embargo, me gustaría recordar algunos aspectos de esos señalamientos que me parecen importantes para ceñir nuestra noción de discurso.

En primer lugar, la distinción entre lengua y habla. En el estudio del lenguaje, al que de Saussure caracteriza como una facultad humana, debemos distinguir entre lo que podríamos llamar el aspecto individual de esta facultad y su aspecto social. Estos dos aspectos están íntimamente relacionados; si no hubiera individuos que actualizaran su facultad de lenguaje hablando una lengua, esta lengua no existiría, pero, por otro lado, si la lengua no tuviera una realidad independiente de la de los individuos que la hablan, no podría constituir el enlace social unificador que de hecho constituye; la lengua, entonces, se impone al individuo quien, dice de Saussure, "la registra, es decir la adquiere, la aprende pasivamente". Pasivamente porque el individuo "por sí solo no puede ni crearla ni modificarla". De Saussure considera esta distinción como básica

para el estudio del lenguaje porque, como ya dijimos, estaba en busca de un marco de referencia que le permitiese, por un lado, situar y evaluar las investigaciones lingüísticas y, por otro, caracterizar el objeto de estudio de la lingüística. Al distinguir entre lengua y habla está localizando el objeto de la lingüística: la lengua, pero, al mismo tiempo, establece el marco de referencia que permite organizar los hechos del lenguaje: la estructura de la lengua. Así, dada la importancia que da de Saussure a la distinción, y dada su clara fuerza intuitiva, no parece que se necesite argumentar mucho para defenderla. De Saussure menciona las lenguas muertas, que no podríamos estudiar si estuvieran exclusivamente ligadas a los individuos que las hablaran; sin embargo, las podemos estudiar y analizar, son entidades independientes. También nos recuerda que, en cierto tipo de afasias, quien las sufre puede conservar su capacidad de comprender incluso si no puede hablar: la lengua sigue existiendo a pesar de que se carezca de habla.

Notemos, sin embargo, que de Saussure, como dirían algunos filósofos de tendencia nominalista, está contribuyendo a aumentar el número de objetos de estudio; además del lenguaje, que se podría reducir al habla, ahora tenemos la lengua. ¿Cuál es la justificación, puesto que de Saussure mismo reconoce que es esencial que existan individuos que hablen o hayan hablado alguna lengua? ¿No estamos, en otras palabras, ante un objeto que podemos considerar independientemente de la existencia de un individuo? La evidencia de de Saussure puede ser hallada no tanto en su argumentación para introducir la distinción como en lo fructífero de los resultados de su aplicación. La idea sería ¿asume la distinción y ve cómo el caos de hechos particulares empieza a ordenarse y los hechos empiezan a tomar su lugar!

¿Pero es ésta la única justificación? Recordemos por un momento el problema similar que Frege tuvo que resolver. Todos nosotros, en mayor o menor medida, tratamos con números; contar es una operación básica para nuestra conceptualización de la realidad; usar correctamente la palabra "manzana" conlleva el uso del plural "manzanas" y esto implica que tenemos que reconocer una manzana como una manzana, igual a sí misma y diferente de otras manzanas. Responder a la pregunta ¿qué es un número? rebasa el ámbito de las matemáticas y conlleva, en el caso de Frege, el rechazo del psicologismo y el de una objetividad circunscrita a los obje-

tos espacio-temporales. Como hemos visto, Frege enfrenta el problema de dos maneras; en primer lugar, desde un punto de vista que podríamos llamar metodológico, caracterizando la noción de objetividad independientemente de los objetos espacio-temporales; en segundo lugar, supeditando la categoría ontológica de objeto a la categoría semántica de nombre propio. De la misma manera, si nos apegamos a las dos ideas rectoras de de Saussure acerca de la arbitrariedad del signo y del carácter sistemático de la lengua, veremos con mayor claridad y fuerza la objetividad e independencia de la lengua frente al habla. No es una cuestión que quede resuelta con la existencia de lenguas muertas, sino con la existencia de parámetros de objetividad que, en el caso de de Saussure, están indisolublemente ligados a la noción de estructura.

La lingüística, dice de Saussure, “nunca se ha preocupado por aislar la naturaleza de su objeto de estudio. Y sin esa operación elemental una ciencia es incapaz de procurarse un método”<sup>7</sup>. El objeto de estudio es obviamente el lenguaje; su naturaleza esencial, agregará de Saussure, es ser un sistema de signos, ya que los signos lingüísticos sólo se constituyen como tales cuando forman parte de un sistema de convenciones. El signo tiene dos aspectos: la forma o imagen acústica y el concepto o idea significada; de Saussure llama a la primera significante y al segundo, significado<sup>8</sup>.

Ahora bien, es esencial para comprender la naturaleza de la lingüística y, en buena medida, la de las ciencias humanas, no olvidar que la relación entre significante y significado es totalmente arbitraria. Dice de Saussure: “el principio de la arbitrariedad del signo no es impugnado por nadie, pero con frecuencia es más fácil descubrir una verdad que asignarle el lugar que le corresponde. El principio enunciado más arriba domina la lingüística de la lengua; sus consecuencias son innumerables. Ciertamente que no todas aparecen al primer golpe de vista con la misma evidencia; sólo se las descu-

bre tras muchas vueltas y, con ellas, la importancia primordial del principio”<sup>9</sup>.

¿En qué consiste la importancia primordial del principio de la arbitrariedad del signo?, ¿cuáles son sus consecuencias?, ¿cómo lo debemos interpretar? Normalmente, se suele decir que lo que nos está señalando de Saussure es que no hay una relación necesaria ni natural entre el significante y el significado. En otras palabras, no hay nada en la naturaleza o estructura del significante que lo relacione naturalmente con el concepto significado. Los casos que parecerían violar este principio —como los de la onomatopeya— vienen más bien a confirmar la regla. Sin embargo, si nos limitáramos a esta interpretación del principio saussureano estaríamos haciendo a de Saussure culpable del pecado de golpear a un hombre de paja, ya que quién, nos preguntaríamos, va a sostener o ha sostenido la tesis contraria, la que dijera que todos los significados están intrínseca o naturalmente ligados con sus significantes<sup>10</sup>. ¿Quién podría creer que todo el lenguaje y no sólo una mínima parte es onomatopéyico? En una de las notas publicadas por Engler, de Saussure afirma que “el lugar jerárquico de esta verdad (que el signo es arbitrario) está en la cima misma. Es sólo poco a poco como uno reconoce cuántos hechos diferentes no son sino ramificaciones, consecuencias escondidas de esta verdad”<sup>11</sup>.

Consideremos algunas de estas ramificaciones. En primer lugar, hay que notar que las lenguas no son listas de nombres y que, consecuentemente, no podemos limitar nuestra interpretación de la arbitrariedad del signo al hecho de que el concepto ‘perro’ se expresa con ‘dog’ en inglés, con ‘chien’ en francés y ‘hund’ en alemán; no existe, para de Saussure, una colección de conceptos establecidos que las lenguas nombren. Por lo tanto, el signo es arbi-

7 Ferdinand DE SAUSSURE, *Cours de linguistique générale*, edición Tullio de Mauro, Paris, Payot, 1973, p. 16. Las citas son de la traducción de Mauro Armiño, Madrid, Akal editor, 1980. Esta corresponde a p. 27.

8 DE SAUSSURE, *op. cit.*, pp. 103-104.

9 DE SAUSSURE, *op. cit.*, p. 104.

10 La interpretación del principio de la arbitrariedad del signo sigue siendo objeto de polémica. Véase Emile BENVENISTE, “Naturaleza del signo lingüístico”, en *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI, 1978, y Jonathan CULLER, *Ferdinand de Saussure*, Londres, Fontana, 1976.

11 Véase Ferdinand DE SAUSSURE, *Cours de linguistique générale*, edición crítica de Rudolf Engler, Wiesbader (R.F.A.), O. Harrasowitz, 1964-1974.

trario no sólo en el sentido de que distintas lenguas apelan a distintas imágenes acústicas para determinar un mismo concepto, sino que no hay garantía alguna de que el significado de una palabra en una lengua tenga un equivalente exacto en la otra. Dicho de otra manera, las lenguas no sólo difieren en sus significantes y en la manera en que los organizan, sino también en sus significados —los conceptos— y en la manera en que éstos dividen la realidad. Así, el concepto ligado a un significante en una lengua no tiene por qué tener un equivalente exacto en otra, de hecho tal vez ni siquiera exista. Esto lo saben y sufren los traductores, y podría verse como el fundamento de importantes reflexiones filosóficas acerca de la sinonimia, la analiticidad y la necesidad.

No estoy afirmando que las reflexiones contemporáneas acerca de esos temas hayan partido o se hayan inspirado en de Saussure, pero sí quisiera señalar paralelos importantes. Por ejemplo, si aceptamos con de Saussure que las lenguas son sistemas de signos y que éstos son esencialmente arbitrarios en su correlación de significados y significantes, podríamos decir que cada lengua divide la realidad de diferente manera, organiza el mundo de acuerdo con sus propias categorías. Los conceptos y las categorías no están ahí para ser nombrados, son creados y articulados por la lengua. No hay, dirá Quine más tarde, un museo de ideas independientes de la lengua que puedan constituir los significados de nuestras palabras y que fundamenten la sinonimia, y si no hay un fundamento para la sinonimia, insistirá, tampoco lo habrá para la analiticidad, y habremos perdido el derecho a distinguir entre verdades necesarias y verdades contingentes<sup>12</sup> Otra conclusión es que no hay un *fact of the matter* neutro que nos permita dirimir entre teorías opuestas. Toda la realidad, podríamos decir, está altamente teoretizada, nuestro único acceso a ella es a través de un lenguaje, de una teoría; pero, por otro lado, sabemos que la experiencia no alcanza a determinar totalmente a la teoría.

Las implicaciones no se detienen aquí, ya que si estas consideraciones son acertadas, ¿qué sentido tendría seguir distinguiendo

entre lenguaje y realidad, entre experiencia y teoría? Estas son preguntas filosóficas que, como en el caso de Frege, rebasan el ámbito teórico del que partieron, pero que claramente permean nuestra reflexión contemporánea sobre la importancia del lenguaje y el discurso.

Ahora bien, hemos visto que el lenguaje no es una nomenclatura, una simple lista de nombres de cosas o conceptos; hemos destacado también que el signo es arbitrario en el sentido no sólo de que no hay una relación natural intrínseca entre significado y significante, sino también en el sentido de que los significados —los conceptos para Saussure— y los significantes —sus imágenes acústicas— son también arbitrarios; en general, no hay conceptos establecidos universalmente ni imágenes acústicas onomatopéyicamente determinadas. ¿Cómo vamos entonces a caracterizar a los significados y a los significantes? La respuesta está en la idea de sistema, los signos lingüísticos forman un sistema y, puesto que son arbitrarios, sólo los podemos caracterizar en relación con el sistema del que forman parte. En otras palabras, ni los significados ni los significantes son entidades autónomas que puedan ser caracterizadas o definidas independientemente, sino que sólo pueden ser determinadas por sus relaciones con otros miembros del sistema. Cada lengua es un sistema de valores que tiene su reflejo formal en un sistema de distinciones o diferencias: el valor de un significado depende así de sus relaciones con otros significados y, por lo tanto, su definición no se llevará a cabo positivamente por su contenido, sino negativamente, por sus relaciones. Dice de Saussure: “Si las palabras estuvieran encargadas de representar conceptos dados de antemano, tendrían cada uno, de una lengua a otra, correspondencias exactas por su sentido; pero no es así. El francés dice indistintamente *louer* (alquilar una casa) por ‘tomar en alquiler’ o ‘dar en alquiler’, donde el alemán emplea dos términos: *mieten* y *vermieten*: no hay pues correspondencia exacta de valores. Los verbos *schätzen* y *urteilen* presentan un conjunto de significaciones que corresponden, en general, a las de las palabras francesas *estimer* (estimar) y *juger* (juzgar); sin embargo, esta correspondencia no se da en muchos puntos.

“La flexión ofrece ejemplos particularmente sorprendentes. La distinción de los tiempos, que tan familiar nos es, resulta extraña a ciertas lenguas; el hebreo ni siquiera conoce aquélla entre el pasa-

12 Véase Willard V. O. QUINE, “Dos dogmas del empirismo”, en *From a Logical Point of View*, New York, Harpers Torchbooks, 1963, y *World and Object*, Cambridge, Mass., The M.I.T. Press, 1960.



do, el presente y el futuro, tan fundamental.\* El protogermánico no tiene forma propia para el futuro; cuando se dice que lo expresa por el presente, se habla impropriamente, porque el valor de un presente no es el mismo en germánico que en las lenguas dotadas de un futuro al lado del presente. Las lenguas eslavas distinguen regularmente dos aspectos del verbo: el perfectivo representa la acción en su totalidad, como un punto, al margen de todo devenir; el imperfectivo la muestra haciéndose, y en la línea del tiempo. Estas categorías presentan dificultad para un francés porque su lengua las ignora: si estuvieran predeterminadas no sería así. En todos estos casos encontramos en lugar de ideas dadas de antemano, valores que emanan del sistema. Cuando se dice que corresponden a conceptos, se sobreentiende que son puramente diferenciales, definidos no positivamente por su contenido, sino negativamente por sus relaciones con los demás términos del sistema. Su característica más exacta es ser lo que los otros no son"<sup>13</sup>.

Estas consideraciones nos llevan directamente al problema de la identidad de las unidades lingüísticas. Cuando hablamos de Frege y de la operación de contar vimos que era esencial para entender el concepto de manzana el poder contar manzanas, y para esto último era esencial no sólo el poder identificar una manzana sino identificarla de nuevo como la misma manzana. El problema es ahora el de la identidad lingüística y no es extraño que conlleve también el de la identificación y reidentificación de las unidades lingüísticas. Cuando hablamos producimos diferentes sonidos, no sólo porque usemos diferentes palabras sino porque la altura y tono de la voz varían de persona a persona y los sonidos emitidos son, desde un punto de vista puramente físico, diferentes. ¿Cómo es entonces que identificamos esos sonidos —diferentes— con las mismas palabras, con los mismos significantes? Los podemos identificar porque, como ya notamos antes, los significantes no son lo mismo que

los sonidos sino una unidad abstracta que no debemos confundir con los sonidos que emitimos. El problema es cómo se constituye esta unidad, qué tanto pueden variar los sonidos sin afectarla. La respuesta de de Saussure se inscribe dentro de la línea establecida por Frege: las unidades lingüísticas se constituyen a través de un criterio de identidad, sólo que esa identidad es puramente relacional. De esta manera la variación de los sonidos que dan cuerpo a un significante queda determinada por sus relaciones con otros sonidos que dan cuerpo a otros significantes. Los sonidos pueden variar considerablemente, siempre y cuando no susciten confusión. Aquí encontramos nuevamente otro rasgo de arbitrariedad, ya que las diferencias fonéticas no son universales, sino que son una función del sistema que constituye a la lengua; así, por ejemplo, en español hablado no distinguimos entre la "b" labial y la "v" labiodental porque la diferencia de sonido no da origen a una confusión de significado; consecuentemente, ni siquiera "oímos" la diferencia y tendemos a pronunciar mal una lengua en la que esta diferencia fonética sí marca una diferencia de significado<sup>14</sup>. Por otro lado, debemos notar que si estas unidades son diferentes de los sonidos y están caracterizadas o definidas por su lugar en el sistema y, además, este lugar se determina negativamente por sus diferencias con otros elementos, entonces podemos concluir con de Saussure que la unidad lingüística es más una forma que una sustancia.

Hasta aquí hemos visto de una manera muy somera algunos de los rasgos más sobresalientes de las reflexiones de Frege y de de Saussure sobre el lenguaje, pero todavía no hablamos del discurso. En lo que sigue tendremos que dar un salto y tratar de esbozar lo más sucintamente posible algunas de las líneas de investigación que tienen al discurso como centro de reflexión.

Resumamos: las reflexiones de Frege acerca de la fundamentación de la matemática lo llevaron a considerar la naturaleza del número, a criticar las explicaciones psicologistas y a dar una explicación en términos de un sistema lógico. Paralelamente, las reflexiones de de Saussure sobre el objeto de la lingüística nos llevaron a reflexionar sobre la naturaleza del signo y la estructura del len-

\* Sin duda, de Saussure se refiere al hebreo bíblico; de todos modos, al parecer existe un recurso estilístico, también del hebreo bíblico, por el cual los verbos en pasado pueden transformarse en futuros y viceversa. (Agradezco este comentario a la maestra Esther Cohén).

13 DE SAUSSURE, *op. cit.*, p. 165.

14 Véase Roman JAKOBSON, *Sound and Meaning*, Sussex, The Harvester Press Limited, 1978.

guaje. Ninguno de los dos, deberíamos agregar, pudo evitar hacer consideraciones acerca de las relaciones entre el lenguaje y nuestra conceptualización de la realidad; de esta manera las dos líneas de investigación se conjugan en una labor que, aunque común, tiene muchas vertientes: la de establecer el sistema o lógica que subyace a nuestro uso del lenguaje. En la filosofía y la lingüística contemporáneas estas vertientes se identifican con investigaciones tan disociadas como la lingüística de corte estructuralista, las investigaciones filosóficas acerca de la forma lógica o de gramáticas perspicuas y las lingüísticas de corte chomskyano. Ahora bien, dados los antecedentes que hemos esbozado, de crítica al psicologismo, de énfasis en el sistema y de una noción no naturalista de objetividad, es natural que estas investigaciones se hayan concentrado en el sistema o aparato formal sobre el que se basa el lenguaje y que hayan tratado de aislar o independizar sus investigaciones de consideraciones psicológicas, sociales, históricas y biográficas acerca de los usuarios de estos sistemas. No quiero decir que los filósofos se hayan convertido únicamente en constructores de sistemas formales (aunque la especie exista); desde el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein es manifiesta la voluntad de llevar hasta sus últimas consecuencias filosóficas los presupuestos de las investigaciones acerca del lenguaje. Tampoco estoy declarando que la semántica haya sido desplazada de la lingüística por las consideraciones sintácticas, aunque por momentos éstas han gozado de primacía. A lo que quiero apuntar es a un fenómeno que se manifiesta con mayor claridad en las teorías literarias y que consiste en convertir al texto en el objeto principal, si no único, de investigación. El texto se independizó no sólo de su autor —las consideraciones biográficas estaban claramente fuera de lugar—, sino también de su contexto. El texto por sí solo debía dictar las reglas del juego y el compromiso con la autonomía del texto, como ha dicho Culler, se convirtió en un artículo de fe<sup>15</sup>. Este fue uno de los puntos de partida del llamado *New Criticism*. Ahora bien, en mi opinión, el clima intelectual que prevalece en nuestra época y que es manifiesto no sólo en la crítica literaria, sino también en otras discipli-

nas, es el que se expresa en la mayor importancia que se le está dando al hecho de que los textos se dan dentro de contextos que forman y conforman discursos. Consecuentemente, se empieza a manifestar la necesidad de reconocer otras formas de discurso y asomarse a ellas, de no vivir encerrados en un discurso que sólo permite comunicarse con quienes lo comparten. De aquí que, al principio de esta investigación, señalara que la iniciativa de Noé Jitrik de reunirnos aquí tenía una relación esencial con la noción de discurso: nos ofrece la oportunidad de darnos cuenta de que nuestros textos y nosotros mismos estamos inscritos dentro de formas más o menos claramente delimitadas de discurso. Se nos da la oportunidad de asomarnos en vivo a otros discursos y de ser más conscientes de los propios.

Las consecuencias teóricas de esta actitud son varias; aquí sólo quisiera señalar algunas. La primera es darle a la semiología o semiótica el lugar principal que de Saussure profetizó para ella y, consecuentemente, relocalizar a la lingüística. La lingüística sería sólo parte de la labor semiótica, si bien la parte más importante teóricamente. Esta importancia radicaría —de acuerdo con de Saussure— en que es el modelo semiológico por excelencia ya que, como vimos, es en el lenguaje donde mejor se manifiesta la arbitrariedad del signo. Aceptando esto, podemos empezar a hacer precisiones que nos permitirán deslindar áreas de investigación y aclarar algunos malos entendidos. Consideremos, por ejemplo, la distinción entre lingüística y semiología. Si aceptamos que, en términos generales, los lingüistas intentan hacer explícitas las reglas que subyacen a nuestra capacidad de lenguaje, podemos decir que los semiólogos intentan hacer explícitas las reglas que subyacen a las distintas maneras de usar este lenguaje. De aquí que no sólo sea importante, sino esencial, distinguir entre texto y discurso. Dos textos lingüísticamente equivalentes o un mismo texto pueden servir a fines discursivos totalmente diferentes. Esto último nos lleva a dos temas extremadamente importantes, el de la lectura y el de la interpretación. La labor interpretativa es posible porque es posible leer de más de una manera un mismo texto, es posible considerarlo desde varios puntos de vista discursivos y, recalquemos, esta labor no se puede identificar con la capacidad lingüística.

La segunda consecuencia teórica de importancia tiene que ver con la necesidad de establecer un marco conceptual de referencia

15 Véase Jonathan CULLER, *The Pursuit of Signs: Semiotics, Literature, Reconstruction*, Ithaca, Cornell University Press, 1981.

para el análisis discursivo. El hecho de que no se cuente con un sistema establecido que tipifique los discursos no quiere decir que nos desentendamos de la labor de describir los mecanismos semióticos que hacen posibles los sistemas de significación; esta labor nos llevará a identificar códigos, a hacer manifiestas asunciones, a establecer lo que se ha llamado el "horizonte de expectativas" contra el cual se lee un texto. De tener éxito podremos entender mejor las condiciones que hacen posible que un hecho o un texto se vea —se lea— de cierta manera. Claro está que esto apunta a dos resultados que tal vez no sean del agrado de mucha gente: por un lado se mostraría que la interpretación o, en términos más generales, la lectura, es una actividad sujeta a convenciones; por otro, el análisis semiótico tendría que ser, en la medida de lo posible, neutral, esto es, no apoyaría o favorecería ninguna interpretación o lectura como única o correcta.

Una tercera consecuencia, directamente derivable de la primera, es que la semiótica desbordaría claramente el ámbito de los textos, tal y como los concebimos tradicionalmente, para extender su investigación al análisis de los sistemas que subyacen a otras instituciones culturales no literarias y a la conducta en general.

Finalmente, habría que notar que el análisis semiótico no puede ignorarse a sí mismo, por lo cual, más que en otras disciplinas, se requerirá una constante reflexión sobre los métodos y las finalidades de la actividad misma. La semiótica —como ha dicho Julia Kristeva— no se puede desarrollar sino como una crítica de sí misma<sup>16</sup>.

Ahora bien, esta forma de ver el discurso —como el contexto en el que se inscribe el texto— podría invitar a pensar que estamos dando un paso atrás en el proceso de independizar al texto, pero esto no es así. En primer lugar, debemos recordar la clara voluntad de Frege y de de Saussure por sistematizar y por independizar a las matemáticas y a la lengua de los matemáticos y de los hablantes respectivamente. Se trataría, entonces, no de volver a relacionar un texto con la biografía de su autor sino de estructurar sistemáticamente el contexto que lo hizo posible, de señalar sus relaciones con los otros textos que conforman el discurso al que per-

tenece y con otros discursos a los que no pertenece. Podemos así empezar a hablar de intertextualidad —término caro a los críticos contemporáneos— y tal vez de interdiscursividad. En segundo lugar, debemos notar, siguiendo las ideas de de Saussure acerca de la arbitrariedad del signo, la convencionalidad de nuestros discursos. Si alguna moraleja podría desprenderse de la reflexión contemporánea sobre el lenguaje es que no hay discursos privilegiados. Si es verdad, como piensan Quine y otros filósofos contemporáneos, que todos los datos de la experiencia presente, pasada y futura, no alcanzan a determinar una única teoría, y si es verdad, como piensa Davidson,<sup>17</sup> que la realidad está a tal grado contaminada de teoría que resulta un dogma seguir distinguiendo entre lenguaje y realidad, entre experiencia y teoría, entonces creo que debemos dejar de privilegiar discursos. Los discursos científico, ordinario y literario son diferentes, es verdad, pero no se oponen; por el contrario, siguiendo el espíritu de esta reunión, pueden comunicarse y complementarse en nuestro conocimiento de lo que tradicionalmente se ha llamado la realidad.

17 Véase Donald DAVIDSON, "On the very idea of a conceptual schema", *Proceedings of the American Philosophical Association*, No. 17, 1973-74.

16 Véase Julia KRISTEVA, *Semiotiké*, Paris, Seuil, 1969, p. 30.

RAUL QUESADA ha sido investigador en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM y actualmente es profesor de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras.